
NOVENO ROMANCE DE CUAUTLA.

Y esos tiempos pasaron como nubes
Que vestidas de vívidos colores,
O arrastrando sus caudas de tinieblas,
Barre el viento á distantes horizontes.
Y esos tiempos pasaron, y la duda
Con sardónica risa hora recorre
Los senderos divinos de la gloria
En que dejó sus huellas el renombre.
¡Cuautla gigante! al admirarte augusta
Clavada en tu patíbulo de bronce,
Desafiando del bárbaro Calleja
Casi triunfal los ímpetus atroces;
Al recordarte alegre y luminosa,
Entonando tus himnos vencedores,
Al desgarrar tus carnes virginales
Verdugos implacables y feroces,

Siento el alma del pueblo Era la guerra
 Sembrando muertes y regando horrores;
 Pero era entre las nubes de tormento
 La esperanza sonriendo con sus dones;
 Eran turbas salvajes, sospechando
 Del derecho del hombre los fulgores,
 Y á esa fe consagrándole sus vidas,
 Haciendo con sus cuerpos hecatombe;
 Era el oleaje hirviente, que quebraba
 Del sol los refulgentes resplandores,
 Y que ántes de borrarse en el abismo
 Dejaba rastros de esplendentes soles.
 Odio á las chusmas, odio proclamaban
 Los tiranos, de México señores;
 Odio porque llevaban sus corrientes
 De libertad idolatrada el pólen;
 Odio por divorciar al Dios del cielo
 Del impostor de cínicas pasiones;
 Odio porque destrozan las cadenas
 Con que la fuerza vil explota al hombre;
 Odio porque igualdad gritan sus labios
 Y de la ley-razon hacen su norte;
 Odio porque la luz viene con ellos
 El servil es tiniebla, aunque pregone
 Su grandeza el bandido del santuario,
 Su pompa los lacayos de las cortes.
 Fijemos las miradas en los libres,
 En sus harapos, en su agreste porte,

Y llamémosles bárbaros, aunque ellos
 Por nuestro amor y nuestro bien se inmolen.
 Hombres los de esta edad, los que aspiramos
 Aromas en espléndidos salones;
 Los que extasiados con los lindos ojos
 De la beldad, la requerís de amores;
 Los que de alas dotais al pensamiento
 Y á la ciencia pedís sus ricos dones;
 Los que gozais, do estaba la picota,
 Del aura embalsamada de las flores,
 ¿Por qué olvidar á los sublimes héroes
 Que os procuraron tan divinos goces?
 Era el sitio fatal; los de Calleja
 Cerrando los macizos eslabones
 De su soga de fierro, al pueblo todo
 Condenan de tortura á los horrores.
 Lo peste en la ciudad terrible vaga
 Con pasos descarriados y veloces,
 Y deja en pos de sí momias vivientes
 De ojo vidrioso, greñas en desórden,
 Medio desnudas, trémulas, huyendo
 Y dando al aire gemebundas voces.
 Más allá, del vivaque del soldado
 Se exhalan, provocando, las canciones,
 Que burlan á la muerte y á su espanto
 Al estampido del terrible bronce.
 Más allá, horrible cuadro, donde el hambre
 En esqueletos convirtió á los hombres,

Los labios secos, la razon perdida,
 Incierto el cuello, débiles las voces,
 Devorando reptiles asquerosos
 Entre fragmentos que resisten nombre.
 Allí una madre, allí, forzando el pecho
 Renuente á su presion, á que rebose
 Una gota, una sola, que humedezca
 El seco labio de su niño pobre,
 Que ya desfallecido, no consigue
 Ni el acerbo dolor hacer que llore.
 En tanto, de contento repicaban
 Las campanas alegres de las torres
 Celebrando la muerte de los bravos
 Al vitorear sus venturosos nombres.
 Es tu causa, ¡oh Morelos! la que obraba
 Ese prodigio augusto en tus pendones:
 Reflejaba el Olimpo de tu genio,
 Que será un tiempo admiracion del orbe.

DÉCIMO ROMANCE DE CUAUTLA.

EL NIÑO ADIVINO.

La gárrula turba
 De alegres muchachos
 Que en medio de Cuautla
 Se miran vagando,
 Mientras que las balas
 Hacen sus estragos,
 Y siembran doquiera
 Terrores y espanto,
 En breves instantes
 Se miran armados,
 Y preso conducen
 A un fuerte soldado
 Del campo enemigo,
 Con todo aparato.
 Morelos contento
 Celebra á los bravos,

Y suenan repiques
 Y se arma cotarro.
 Ya tocan degüello,
 Y al campo contrario
 Tenaces desvelan
 Corriendo y saltando.
 Ya cueros de reses
 Que empujan con palos,
 Figuran cureñas,
 Y hay bulla y asaltos.
 En tanto Calleja
 Se daba á mil diablos,
 Y rival de Herodes,
 Pepena muchachos,
 Queriendo en instantes
 Feroz inmolarlos.
 Pero lo más chusco
 Fué, cuando inventaron
 Atar en rocines
 Muñecos de trapo,
 Y al campo enemigo
 Festivos lanzarlos,
 Levantando polvo,
 Para que el engaño
 Mejor se encubriese
 Con más resultados.
 Por aquí hay carreras,
 Por allá disparos,

Y rayos y truenos,
 Y muerte y espanto.
 ¿Y quién es el jefe
 Del infantil bando?
 ¿A quién dió la patria
 Tan precoces lauros?
 Un niño á quien llaman
 De Morelos vástago,
 El niño adivino
 Tambien renombrado;
 Era Juan Almonte,
 Que despues los hados
 Lo hicieron, ¡oh patria!
 Tu afrenta y tu escándalo.

UNDÉCIMO ROMANCE DE CUAUTLA.

Despues de que cada aurora
Mira combates sangrientos,
Y cada noche la tierra
Traga en silencio los muertos,
Repleto de sangre humana
Se arrastra pesado el tiempo,
Está Calleja impaciente
Y está obstinado Morelos.
Ambos astutos se acechan
Cual jaguar y leon fieros
Que pretenden embestirse
Con abismos de por medio.
Está silencioso el campo,
Claro y trasparente el cielo,
Las aguas corren tranquilas
Y apacible vuela el viento,

Del Abril puro fragancias
 A su paso recogiendo.
 En el campo de Calleja
 Se oye el toque de "alto el fuego;"
 Despues con bandera blanca,
 En señal de parlamento,
 Sale don Miguel Calápiz,
 Alférez de Granaderos,
 Y es portador arrogante
 Del indulto de Morelos
 Con tal que al Virey se rinda
 Reconociendo al Gobierno.
 Morelos el papel mira,
 Y escribe por el reverso:
*"Hago á Calleja igual gracia
 "Si se rindiere al momento."*
 Bravo y Galeana celebran
 Festivos este suceso,
 Miéntras ruge enfurecido
 Calleja, de rabia ardiendo.
 Morelos toca al instante
 De realizar sus proyectos
 Rompiendo con recio empuje
 De sus verdugos el cerco.
 Setenta veces el dia
 Miró tenaz el asedio,
 Para las tropas realistas
 Honda fuente de descrédito.

Calleja á Venegas cuenta
 Que toca su último extremo,
 Y el Virey le puso notas
 Que destilaban veneno.
 Era la noche, la luna
 Despide opacos reflejos;
 Como procesion de sombras
 De las huertas van saliendo
 Los heróicos ciudadanos
 Compañeros de Morelos.
 Aguayo va á la vanguardia,
 Los dos Bravos en el centro,
 Don Víctor y don Leonardo,
 Y Galeana va el postrero.
 "¡Alto!" grita un centinela,
 Galeana contesta "¡fuego!"
 Cunde la alarma, se torna
 El campo en voraz incendio,
 Y en tenaz lucha avanzando
 Los patriotas prosiguieron.
 Los de Calleja, furiosos,
 Se ceban en los dispersos,
 A su tránsito dejando
 Amontonados los muertos.
 Desentrañaban los niños,
 Destrozaban á los viejos,
 Y en las inermes mujeres
 Sepultaban sus aceros.

Calleja oculta en su estancia
 Su vergüenza y su despecho,
 Y da parte, cual de un triunfo,
 A Venegas del suceso.
 Éste, rebosando su ira,
 Contesta: "Gracias al cielo,
 "Y gracias tambien se deben,
 "Don Félix, á ese buen clérigo,
 "Por habernos perdonado
 "Benigno, el bochorno inmenso,
 "Despues de nuestros amagos,
 "De levantar el asedio,
 "Nuestra vergüenza ante el mundo
 "Poniendo de manifiesto."

DUODÉCIMO ROMANCE DE CUAUTLA.

¡Oh qué horribles son las treguas
 Del incendio y la matanza
 En el sitio encarnizado
 De la combatida Cuautla!
 El hombre horrible entre espectros
 Arrastrándose vagaba
 Royendo huesos, raíces,
 Aullando en campos y casas.
 La sed, con faz de locura
 Los secos labios pegaba
 A la tierra, que sin jugos
 Los calcinaba como ascuas,
 Y la peste enfurecida,
 Con las ropas desgarradas,
 De dolor dando alaridos,
 En vano piedad clamaba,

Porque el consuelo la muerte
 Reservó á los bravos ávida
 Setenta soles nublaron
 El humo de las batallas,
 Y setenta renovaron
 De los libres las hazañas.
 "No más," prorumpe Morelos,
 "No más," prorumpe Galeana,
 Y Bravo heróico requiere
 Sus incontrastables armas.
 El campo está silencioso,
 La luna apacible y clara
 Brilla en la cándida nieve
 De las gigantes montañas;
 Y cual procesion de sombras,
 Los insurgentes avanzan
 A romper el cerco horrendo
 De los soldados de España.
 Ni el aliento se percibe,
 Ni hacen ruido las pisadas:
 En la vanguardia potente
 Marcha sereno Galeana,
 Morelos ocupa el centro,
 Los Bravos cuidan su espalda,
 Y va el capitán Anzures
 Marchando á la retaguardia.
 De pronto se oye el "¿quién vive?"
 De centinela avanzada,

Y pueblan los aires gritos
 De "viva" y de "muera España."
 Entónces la alarma cunde
 Y es horrible la batalla,
 Se extiende por el Oriente
 Y por *la Caja del Agua*.
 Mas como lava encendida
 Que entre los peñascos salta,
 Y desciende incontenible
 Y los estorbos arrastra,
 Tal las tropas insurgentes
 En su curso se adelantan,
 Dejando sangre y despojos
 Por donde aterrando pasan
 Llenos de oprobio y vergüenza
 Los sitiadores de Cuautla,
 Inmóviles permanecen,
 Y como secreto guardan
 La salida de Morelos
 Y de Calleja la infamia.
 Éste, lleno de despecho,
 Al llegar la madrugada
 Sabe todo, y aturdido
 Entra en la desierta plaza,
 Y ordena, lleno de enojo,
 Que se toquen las campanas,
 Y que enfermos y mujeres
 Se fusilen sin tardanza.

A poco escribe á Venegas,
 Disimulando su rabia:
 " *Nuestras tropas vencedoras*
 " *Han penetrado en la plaza*
 " *Entre dianas y repiques*
 " A las dos de la mañana."

DÉCIMOTERCERO ROMANCE DE CUAUTLA.

Silenciosos los caminos
 Y en abandono los campos,
 Se miran, sin el aliento
 De la paz y del trabajo.
 ¿Dó está, Cuautla, tu riqueza,
 ¿Dó tus alegres sembrados
 Que sus tesoros de almíbar
 Brindaban al hacendado?
 ¿Dónde en tus alegres huertos
 De limones y naranjos,
 Los cantos de los rancheros,
 La gresca de los muchachos
 Entre el ruido de las aguas
 Y los cantos de los pájaros?
 Desiertos están tus templos,
 Solitarios tus mercados,
 En tus calles, insepultos
 Hay cadáveres humanos,
 Y se alza entre los escombros

Terrible y mudo el espanto.
 ¿Dónde está quien te animaba
 Con su sagrado entusiasmo;
 Dónde fué todo tu aliento
 Entre sus huestes llevando?
 Triste estás, como en la arena
 El abandonado barco
 Que fué terror de las olas
 Y fué de los mares pasmo.
 Los soldados de Calleja
 Mudos te están contemplando,
 Y se acercan temerosos,
 Y se alejan espantados.
 Al fin, cuando se persuaden
 Que está el pueblo abandonado,
 En furias se convirtieron:
 Los vengadores soldados,
 Ébrios, terribles, sedientos
 De sangre, corren matando.
 A los templos se introducen,
 Roban los vasos sagrados,
 Y repican las campanas,
 Con desvergüenza y escándalo.
 Hace alto en Chautla Morelos
 A los suyos esperando,
 Y el pueblo reconocido
 Le abre amoroso sus brazos.

PRIMER ROMANCE DE D. FRANCISCO AYALA.

Hablando están mano á mano,
 En la puerta de una casa,
 Don Joaquin de Garcilaso,
 Que era comandante en Cuautla,
 Con un campesino honrado,
 De nombre Francisco Ayala.
 Era arrogante el primero,
 Duro en gestos y en palabras:
 El segundo, aunque fungiendo
 De jefe de la Acordada,
 Por noble y por bondadoso,
 De cariño disfrutaba,
 Aborreciéndole sólo
 Malhechores y canallas,
 A quienes activa guerra
 Les declaró en su comarca.